



TITULO: Aproximaciones a las raíces del ascenso de China en el contexto internacional de principios del siglo XXI.

AUTORA: Diana Andrea Gómez, Profesora Asociada Departamento de Ciencia Política y Directora Cátedra China, Universidad Nacional de Colombia.

SESION: Relaciones Exteriores y Seguridad y Defensa.

Resumen

El ascenso de China en el concierto internacional no se puede entender solo desde su crecimiento económico, sino también desde las características que le confiere su contexto histórico y cultural. Dicho marco permite realizar un mayor acercamiento a las raíces del auge económico de China y a la concepción de la política y el Estado chinos.

Palabras clave: China, Política China, Relaciones Internacionales de China

TEXTO:

En 2008 el reconocido economista Angus Madison ya preveía que China se convertiría en la primera potencia económica del mundo antes del 2015 y pocos le creyeron. Ahora muchos reconocen que muy posiblemente Madison acertará. Si ello ocurre, Estados Unidos dejaría el lugar que ocupó durante 125 años. Pero lo que más se desconoce es que los estadounidenses en 1890 desplazaron no a Gran Bretaña y Francia, las grandes potencias de la época, sino a China, la más grande economía hasta entonces.

El contexto internacional contemporáneo

Las relaciones internacionalesⁱ han seguido tradicionalmente, a lo largo del siglo XX y principios del actual, el esquema planteado por los Estados Unidos en materia de política exterior desde el presidente W. Wilson. De hecho, la política exterior estadounidense se postula como la que encarna el proyecto de Occidente. Por ende, cuando se hace en este artículo referencia a Occidente, se toma la categorización de K. Mahbubani quien se refiere a Occidente directamente aludiendo a "the American policies"ⁱⁱ. Según este autor, "Dada la dimensión del poder estadounidense, las políticas de ese país naturalmente dominan el escenario internacional. Pero también hay un pacto implícito entre América y Europa, así como con los estados anglosajones de Australia, Canadá y Nueva Zelanda sobre políticas globales. Uno de los fenómenos menos comprendidos (y sorprendentemente menos estudiados) es cómo Occidente usualmente funciona como una sola entidad en cuanto a asuntos globales se refiere"ⁱⁱⁱ.

Henry Kissinger ya hace casi dos décadas anticipó que "el producto nacional bruto de China se acercará al de los Estados Unidos al final del segundo decenio del siglo XXI. Mucho antes de ello, la sombra política y militar de China caerá sobre toda Asia y afectará los cálculos de las otras potencias, por muy moderada que pueda ser la política china"^{iv}.

En ese sentido, el controvertido asesor del gobierno estadounidense llamaba la atención sobre la complejidad del nuevo orden mundial: "Tanto Bush como Clinton hablaron del nuevo orden mundial como si estuviese ya a la vuelta de la esquina. De hecho, se encuentra aún en periodo de gestación, y su forma final no será visible hasta bien entrado el siglo próximo"^v.

Kissinger avizora tempranamente que los Estados de tipo continental probablemente representarán las unidades básicas del nuevo orden mundial: "China va en camino de convertirse en una superpotencia". Así mismo, aducía que es evidente que contener el poder del gobierno central -en pro de la

democracia- “ha sido una de las preocupaciones principales de los teóricos de la política occidental, mientras que, en el caso de todas las demás sociedades, la teoría política ha intentado fortalecer la autoridad del Estado”^{vi}.

No cabe duda de que no obstante sus deficiencias e inequidades internas, ese país está transformando la arquitectura de las relaciones de poder casi intacta desde inicios del S.XIX. Y en ese sentido, cabe hacer referencia a lo que expresa el académico y politólogo de Singapur K. Mahbubani al mostrar el advenimiento de un giro hacia el Asia: “The worldviews of the leading Western minds are trapped in the previous centuries. These minds cannot even conceive of the possibility that they may have to change these worldviews to understand the new world”^{vii}. El autor también afirma que se está registrando un cambio trascendental tendiente a la construcción de un “Nuevo Hemisferio Asiático” con China a la cabeza.

Raíces del ascenso de China en el escenario global

Pero, ¿a qué se debe el liderazgo de China como país emergente? A pesar del desconocimiento cultural, algunos académicos de occidente responden la pregunta con algún acierto. Una parte de la respuesta puede vislumbrarse en los análisis de Giovanni Arrighi, uno de los intelectuales occidentales que se dedicó a estudiar de manera más sistemática el ascenso chino, sostiene que es un mito que su posicionamiento en el escenario mundial se deba atribuir a una supuesta adhesión al credo neoliberal^{viii}, argumento que la mayoría de los analistas sobre China sostienen desde Occidente. Este autor se centra en importantes razones para explicar el ascenso de China.

A diferencia de otros autores que se quedan en destacar las dos grandes características que la hacen excepcional, aparte de India, como son su tamaño geográfico y su peso demográfico, los cuales por supuesto repercuten en la dimensión de su mano de obra y del volumen del mercado que representa, Arrighi destaca otros factores.

De una parte, sostiene que estudiar a China implica abordar una óptica de larga duración, dado que este país está inscrito en una lógica de la perennidad, dada su larguísima historia. Esta postura es imprescindible para entender las dinámicas de una cultura tan milenaria. En segundo término, este autor argumenta que el Estado chino se convirtió en estado nacional mucho antes del surgimiento de los Estados nacionales europeos.

Otro aspecto a destacar es que China, como varios países del Asia, no experimentó la revolución industrial sino la revolución industriosa. Esto significa que mientras en Gran Bretaña se acogieron tecnologías intensivas en capital y energía, y se estableció una división del trabajo que dio lugar a la especialización del trabajador en una sola tarea, en Asia Oriental se establecieron tecnologías intensivas en mano de obra y no se acudió a la especialización sino a la realización de múltiples tareas. Esto marca una diferencia sustancial que aun hoy en día tiene enormes repercusiones en las características de su mano de obra.

Un elemento también importante a considerar es la forma como se ha llevado a cabo el proceso de reforma y apertura de China en los últimos tres decenios: un proceso muy escalonado y de ampliación gradual, estableciendo zonas estratégicas para ser desarrolladas, lo que neutralizó la posible embestida que una apertura sin planificación pudiera haber acarreado a la industria nacional^{ix}.

Otro factor decisivo fue el desarrollo del triángulo de poder gobierno-burocracia administrativa-grandes compañías, que vienen realizando un trabajo mancomunado donde las diferencias se complementan, pero donde cabe decir que, siguiendo la tradición histórica, las decisiones económicas son anteceditas por las decisiones políticas.

A su vez, las características de la mano de obra han sido determinantes: no solo se trata de una mano de obra inicialmente muy barata (hasta hace 3 años

llegó a ser era 40 veces más barata que en Estados Unidos, pero las políticas chinas hace casi 3 décadas planificaron un paulatino encarecimiento de la mano de obra en las zonas costeras donde se instauró la reforma y apertura) sino que es de alta calidad. Esta calidad radica en tres factores de índole cultural: en primer lugar, la mano de obra tiene una altísima capacidad de autogestión, en gran medida facilitada por el proceso de formación en la realización de múltiples tareas y en el fomento de la auto-responsabilidad, al punto que según Arrighi, en promedio para 5.000 trabajadores en China se requieren apenas 15 capataces. Esto significa bajos costos en materia de salarios para los directivos y alta eficiencia.

Sin embargo, existen otros dos factores decisivos que Arrighi no toma en consideración: un alto nivel de sanidad -producto de una larga tradición en la cual la preocupación por la salud permea todas las esferas de la vida cotidiana-, y un nivel de educación sobresaliente no en el sentido de la cantidad y calidad de la cobertura, sino donde la tradición de la autodisciplina y la cultura del trabajo^x son características históricas de esta nación.

El peso de la cultura

Por más de doscientos años, la noción de modernidad ha sido sinónimo de occidentalización. Con la excepción de Japón, el mundo moderno ha sido hasta hace muy poco exclusivamente occidental, comprendiendo Europa, Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Pero un eje fundamental del mundo de la posguerra fría es la interacción del poder y la cultura occidentales con el poder y la cultura de las civilizaciones no occidentales. En ese contexto, el gran ganador ahora es el Este de Asia y el gran beneficiario es China. Así, con el crecimiento poderoso de países no occidentales habrá diversas formas de modernidad, y el rol central allí lo tendrá China.

La modernidad occidental, o la modernidad como hasta ahora la hemos conocido, será un fragmento relativamente pequeño de la experiencia humana. Según Mahbubani, habiendo sido un poder hegemónico, Occidente se ha

convertido en prisionero de su propia visión, incapaz de ver un mundo distinto a aquel que no sea en relación a sí mismo. Esto se debe en gran medida porque el progreso ha sido invariablemente definido por Occidente en términos de "grados de occidentalización". E inclusive el mundo construido por él "pone en claro cuáles son las políticas deseables"^{xi}.

Con todo lo anterior, es inconcebible que China se convierta en una nación al estilo occidental de la manera en que estamos acostumbrados. China es el producto de una historia y una cultura que tiene poco o nada en común con la de Occidente. Es por ello que el ascenso de la civilización sínica en el concierto internacional no se puede entender solo desde su crecimiento económico, sino también desde las características que le confiere su cultura. Sin esa comprensión, no se concibe en Occidente cómo China incorpora y permite pluralidad de formas, estilos y corrientes diversas. Por ejemplo, Hong Kong es una entidad política ajena a la concepción tradicional de Estado-nación.

China: ¿un Estado-civilización?

Existen una serie de diferencias claves entre China y Occidente que harán de aquella una versión muy distinta de su contraparte americana.

El Estado-nación chino no es sino la punta del iceberg. China nace la institucionalidad occidental hace apenas 100 años, si se tiene en cuenta el proceso de reformas que inspiró la Revolución de 1911 liderada por Sun Yat Sen. No en vano se le adjudica a él ser el padre de la China moderna, al dejar atrás más de 2.000 años de vida dinástica y preparar el camino para dar lugar a la vida republicana. Pero no se pueden desconocer 5.000 años de civilización china. Es más, en al menos tres momentos de la historia humana China fue el Estado más poderoso del mundo.

Estos tres momentos fueron: primero, el inicio de la dinastía del emperador Shin Shi Huan Di, el primer emperador de una China unificada alrededor del 221 a. C., con un calendario y un idioma propios además de numerosos

avances tecnológicos y agrícolas para la época; el segundo, del 600 d.C. al 900 d.C. cuando China pasaba por una de sus épocas más prósperas: la dinastía Tang, con su capital en Chang'an (actual Xi'an), la ciudad más poblada en el mundo en ese entonces, época considerada por los historiadores como un momento de esplendor de la civilización china, periodo de los grandes inventos como la brújula y la pólvora, se elaboraron los mapas y se desarrolló la imprenta que significó la difusión de la edad dorada del arte y la literatura china, fue también la última dinastía que exigió a sus dirigentes dominar las artes marciales; el tercero, los inicios del siglo XV, época de la floreciente dinastía Ming, cuando el desarrollo de la navegación, permitió establecer relaciones políticas, diplomáticas y comerciales con más de 30 naciones de Asia y África^{xii}.

Si ya a inicios del siglo XVII su población era mayor a la de toda Europa, hoy a los ojos de varios analistas, Beijing está en muchos aspectos recuperando su posición central en asuntos de orden internacional, la que ejerció por siglos.

Así que en primer término, China no debe ser vista en *stricto sensu* como un Estado-Nación a pesar de que así es como se suele describir a sí misma y como es vista en el escenario internacional. China ha existido dentro de sus actuales fronteras por casi 2.000 años y solamente hace 100 años se comenzó a referir a sí misma como un Estado-nación. La identidad de los chinos se formó mucho antes de que existiera el Estado-Nación y antes de que China asumiera dicho estatus, a diferencia de Occidente donde la identidad de los pueblos, particularmente en Europa y Estados Unidos, ha sido largamente expresada en términos del Estado-nación.

China es el país más viejo del mundo en cuanto a la extensión y continuidad de su historia. Otros países o, mejor, civilizaciones, después de su apogeo decayeron como sucedió con Egipto, Roma o Grecia. Mientras que China a pesar de los cambios y transformaciones que ha tenido, sigue siendo

territorialmente casi la misma, conserva su(s) lengua(s) a pesar del paso del tiempo y se mantiene viviente aún hoy.

Cuando los chinos usan el término "China", en chino 中国 (Zhongguo), no están refiriéndose entonces al país o nación simplemente sino a su civilización: su historia, las dinastías, Confucio, sus costumbres, el guanxi (la red de conexiones personales), la familia, la piedad filial, el culto a los antepasados, los valores y la estructura del pensamiento chino.

De hecho, una de las razones que los conecta tanto con su pasado es el idioma. La lengua oficial, el chino mandarín, data del siglo XIV a.C., es decir, tiene una antigüedad de 34 siglos. Sin embargo, el chino moderno, es decir, producto de los cambios y adaptaciones naturales de una lengua al tiempo, data del siglo XII d.C. en todo caso, estamos frente a un idioma antiguo que si bien ha cambiado con el transcurso del tiempo, sus transformaciones no han sido tan cruciales y aún mantiene códigos originales.

Existen muy pocos pueblos en el mundo que están tan conectados con su pasado y para los cuales el pasado, no tanto reciente sino el remoto, sea tan vigente, relevante y significativo, como sucede con el caso chino. Es así como el país asiático ha experimentado invasiones, rupturas, pero las líneas de continuidad han sobrevivido al paso del tiempo.

Los chinos viven en ya través de su historia, por muy distante que sea, a un grado que es muy diferente de otras sociedades. Según el historiador Wang Gungwu, ¿de qué otro país del mundo se puede decir que sus escritos sobre las relaciones exteriores de hace mil o incluso dos mil años atrás se muestran tan convincentes y vivos hoy en día?

Un Estado paternalista per sé

Una de las más preeminentes continuidades de la civilización china concierne al Estado. Este ha sido históricamente percibido como el guardián de la

civilización china, razón por la cual tanto en la era dinástica como en la comunista, ha disfrutado de tan grande autoridad y legitimidad. Entre la constelación de responsabilidades que se le adjudican, el Estado tiene la sagrada tarea de mantener la unidad de la civilización china^{xiii}.

El hecho de que los chinos tengan un fuerte sentido de lo que significa ser chino, enraizado en un pasado con gran peso civilizatorio, implica que el propender por la unidad china se constituya en su gran fortaleza, lo que eclipsa otras identidades como región, clase y lengua. Esta actitud sirve para cohesionar una vasta población fragmentada en dialectos, costumbres, diferencias étnicas, geográficas, climáticas y diversos niveles de desarrollo económico^{xiv}.

El Estado chino es rígidamente visto como el pináculo de la sociedad, disfrutando de soberanía sobre todas las esferas, en contraste con Europa donde el poder del Estado ha sido sujeto a otras fuerzas, como ha ocurrido con la Iglesia, la nobleza, la burguesía y los intereses económicos y comerciales.

En China la idea de que diferentes fuentes de autoridad pudieran y debieran coexistir ha sido vista como éticamente errada. Los únicos cercanos a la excepción han sido los grandes maestros y los intelectuales: "who, though always marginal to the centre of power, could, under certain circumstances, be more influential than ministers, acting as the cultural transmitters and guardians of the civilizational tradition and the representatives of the people's well-being and conscience –even, in tumultuous times, as the emissaries and arbiters of the mandate of Heaven"^{xv}.

En consecuencia, en la historia de China ha habido una autonomía clara del Estado, dado que ha sido lo suficientemente fuerte y autónomo para imponer a las relaciones sociales este modelo particular^{xvi}.

La concepción de la política en China

La "política" en China ha sido siempre vista como un término que se relaciona muy estrechamente con el de "gobierno", con una leve participación de otras élites o del pueblo. Esto fue así durante la era dinástica y durante el periodo comunista. Esta característica de la política china no debe subvalorarse, ante todo porque es adversa a la sensibilidad y la tradición occidentales, y porque, en contraste, el sistema confuciano constituyó quizás el orden político de más larga existencia en la historia de la humanidad. Los principios que inspiraban esta forma de gobierno fueron usados como patrón a seguir por japoneses, coreanos, vietnamitas y otras naciones del sudeste asiático.

Por consiguiente, el sistema político chino se ha caracterizado por ser tradicionalmente monolítico en el sentido espacial del término –cada uno ocupa su lugar dentro de un rígido sistema jerárquico-, más no en el sentido temporal del término –subyace una enorme flexibilidad y adaptabilidad a las circunstancias-, en medio de las grandes transformaciones mundiales producto de la modernización:

"To this day, even over the last three decades, the ability of China's political world, unlike other institutions, to survive relatively unchanged is remarkable, a testament to its own resilience and the place it occupies in the Chinese psyche"^{xvii} .

Así mismo, en la concepción china solo dos instituciones han sido formalmente admitidas: el Estado y la familia¹. La primera es la versión macro de la segunda. En ambas, dado que son las dos caras de una misma moneda, el sentido de autoridad es vertical y diáfano. No admite sublevación alguna. Esta concepción proviene claramente de la tradición confuciana y aun pervive en la actualidad. Jacques muy claramente lo explica:

1 Estado-nación en chino se escribe 国家, se compone de dos caracteres que significan Estado y familia. El Estado es interpretado y asumido tradicionalmente como la gran familia.

“By the standards of any culture, the highly distinctive Chinese family plays an enormously important socializing role. It is where Chinese children learn about the nature of authority. The word of the parents (traditionally, the father’s) is final and never to be challenged. In the family, children come to understand the importance of social hierarchy and their place with it. Through a combination of filial piety, on which the Chinese place greater stress than any other culture, a sense of shame, and the fear of a loss of face, children learn about self-discipline. In a shame (rather than a Christian guilt) culture, Chinese children fear, above all, such a loss of face. The Chinese family and Chinese state are complementary, the one manifestly a support for the other. It is not insignificant that the Chinese term for nation-state is ‘nation-family’. As Huang Ping suggests, in China ‘many would take for granted that the nation state is an extended family.’”^{xviii}

Es de recordar que 62 años de sistema comunista en China no representan casi nada para 5.000 años de historia, dentro de los cuales, 2.500 años han sido influidos por la tradición confuciana, taoísta y budista, entre otros.

Finalmente, una de las características fundamentales de la política china es el énfasis en la unidad del país. Este es de lejos el asunto más importante de la vida política china. De hecho, el origen de esta característica se remonta no al corto periodo en el cual China se convirtió en Estado-nación sino en la experiencia vivida por la civilización china. El hecho de que China haya empleado gran parte de su historia en lidiar con varios grados de desunión, y a muy alto precio, dio lugar a que la búsqueda de la unidad se convierta para China en un asunto sacrosanto.

Con todo lo anteriormente expuesto, resulta inverosímil que una civilización como la china pueda ser sometida rígidamente a los cánones de Occidente. Aquí la argumentación de Edward Said^{xix} acerca del desconocimiento que tiene el mundo occidental sobre Asia cobra un enorme valor. Específicamente dos

elementos salen a relucir aquí: de una parte, el valor de la *otredad* en medio de la diferencia -entre lo familiar (Occidente, "nosotros") y lo extraño (Oriente, "ellos")-; y de otro lado, el peligro que representan las generalizaciones históricas, la universalización de valores que no son compartidos por todos o simplemente no son compartidos de la misma manera.

Para finalizar, un aspecto hemos visto presente y relevante a la hora de estudiar el caso chino: la presencia permanente de la cultura. Ella da el contexto necesario para entender el devenir histórico. En esa medida, tanto el ascenso de China en el actual concierto internacional como en los siglos anteriores a 1890, no se pueden entender solo desde su crecimiento económico, sino también desde las características que le confiere su contexto histórico y cultural.

En conclusión, es mayúsculo el desconocimiento de Occidente frente a la historia, el pensamiento chino, el sistema político, los desarrollos en materia de teorías de las relaciones internacionales o el legado en materia de filosofía política internacional de los antiguos pensadores del gigante asiático. Célebres personajes de la antigua China como Guanzi, Laozi, Confucius, Mencius, Mozi, Xunzi y Hanfeizi se refirieron al orden interestatal, la gobernabilidad, el poder, la moral, la autoridad entre otros temas. Los aportes de pensadores como ellos constituyen un verdadero hoyo negro dentro del conocimiento occidental.

Como sostienen algunos de los académicos chinos más destacados de la actualidad, quizá no se hable aún de la "Escuela china" de la teoría política y de las relaciones internacionales, pero lo que sí es cierto es que la contribución del pensamiento político tradicional chino y su enfoque acerca de las relaciones internacionales deberá ser reconocido en algún momento del siglo XXI.

i “Desde el Congreso de Viena la política exterior ha relacionado a las naciones entre sí. De ahí el término “relaciones internacionales””. Sobre este tema ver más en KISSINGER, Henry, “Reconsideración de un nuevo orden mundial” en *La Diplomacia*, Fondo de Cultura Económica México, 1995.

ii Nótese que en la traducción al español, varios autores coinciden en definir *policies* como políticas públicas.

iii Ver más sobre el tema en MAHBUBANI, Kishore, *The New Asian Hemisphere. The Irresistible Shift of Global Power to the East*. ed. Public Affairs NY, 2008.

iv KISSINGER, op.cit., 824-825.

v Ibidem, p. 803.

vi Ibidem, p. 808.

vii MAHBUBANI, op.cit., pág. 26.

viii ARRIGHI, Giovanni, *Adam Smith en Pekín, Orígenes y fundamentos del siglo XXI*, ed. Akal, Madrid, 2007, p. 367.

ix En la China contemporánea, cuando Deng Xiao Ping anunció la necesidad de iniciar el proceso de reforma y apertura de la economía, afirmó que “Poco importa que el gato sea blanco o negro, con tal de que cace ratones”, haciendo en realidad alusión a un antiguo proverbio de la provincia de Sichuan que en su versión más original reza: “Sea amarillo o blanco, un gato que caza ratones es un buen gato”. Ello alude al más claro y simple pragmatismo. Pero no se suele concebir dicha actitud en el marco del contexto cultural al cual pertenece para poder comprenderla en toda su dimensión: alude al abandono de toda concepción extrema –toda cualidad llevada al extremo se convierte en su contrario- a cambio de un proceso práctico de mediación entre todas las concepciones posibles. Esta actitud, más allá de significar la asunción por parte del gobierno chino del credo capitalista, parece ser otra forma de acudir al mismo principio del Justo Medio, o he xie (和谐), o armonía o equilibrio inestable, a que tradicionalmente ha acudido China a lo largo de su historia.

x Éxito en chino mandarín se escribe con dos caracteres: 成功, su fonética es cheng2 gong1 y significa "trabajo árduo". Esta concepción dice mucho acerca de la relación de compromiso profundo que establece el trabajador con el trabajo.

xi EDELMAN, Murray, *La construcción del espectáculo político*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 2002. P.94.

xii Esto sin contar los legendarios tres Huang (Tres augustos) que reinaron en el amanecer de la cultura china, desde el año 2637 a.C., y los míticos cinco Di (soberanos) que reinaron inmediatamente después de los tres Huang.

xiii En ese sentido, cabe precisar que desde el 221 a.C. China ha vivido unificada por 1,074 años, parcialmente unificada 673 años, y desunida 470 años, mientras experimentaba numerosas invasiones y ocupaciones a lo largo del pasado milenio.

xiv Cabe decir que el 92% de la población lo constituye la etnia Han, el resto comprende 55 minorías étnicas, la mayoría asentadas en el sur, oeste y norte del país.

XV JACQUES, Martin, *When China Rules the World: The End of the Western World and the Birth of a New Global Order*, The Penguin Press, New York, 2009, p. 208.

xvi "El gobierno imperial chino merece el calificativo de piramidal... estaba situado encima de una serie de "sociedades"", ver en HALL, J. y IKENBERRY, G. J., *El Estado*, Alianza Ed. Madrid, 1993, el capítulo China Imperial, p.49 y ss.

xvii Jacques, *ibídem*, p.209.

xviii *Ibidem*, 210.

xix SAID, Edward, *Orientalismo*, Ed. Paidós, Barcelona, 2003.